

(El caso de Uruguay)

UNA CATASTROFE EDITORIAL

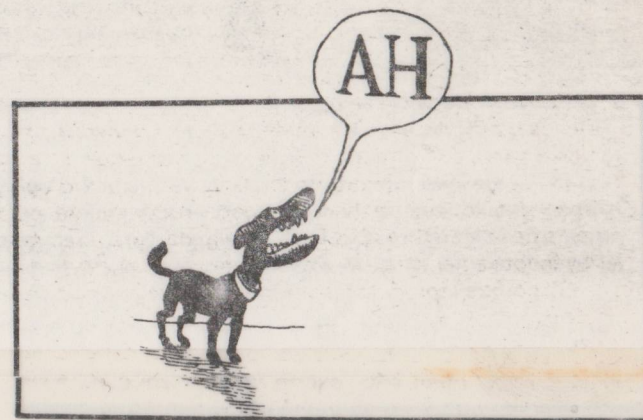
Angel Rama

La catástrofe (política y militar) que arruinó la industria editorial uruguaya hacia 1972 fue tan abrupta y tajante como había sido la vivaz y sorpresiva irrupción de esa industria exactamente una década antes, hacia 1962. Es de un estallido del que hay que hablar si aspiramos a ofrecer un panorama de la vida editorial uruguaya, sabiendo que tanto como de libros habrá que hablar de política, economía y sociedad, porque si en la historia del país siempre hubo editoriales (de libreros o imprenteros sobre todo) y si incluso puede establecerse un paralelismo con la historia de la "otra banda" del Río de la Plata en materia editorial, ofreciendo la "oriental" del río un modelo reducido de lo que ocurría en la "occidental" del mismo río (al ímpetu populista de Zamora en el Buenos Aires de los 20 y 30 respondió la obra de Claudio García en Montevideo), sin embargo nada parecía anunciar la brusca irrupción de una industria, justamente al intensificarse la crisis económica que hacia mediados de los cincuenta levantó la polvareda que se transformaría en lodos en los setenta.

El marco cronológico es preciso y resulta indispensable para el lector extranjero, dándole la pista para avizorar algo más que una evolución editorial: el desarrollo de una cultura en un área reducida de la América Latina. Desde 1939 (fecha a la que siempre me remito, por ser el año en que aparece el semanario *Marcha* que tanta influencia tendrá en la modernización intelectual del país y en que además se publica *El pozo*, el primer relato de Juan Carlos Onetti, editado en la imprenta de un intelectual, Casto Canel) hasta 1962, se registraron numerosos intentos editoriales, la mayoría de los cuales estuvieron a cargo de grupos de intelectuales, de pequeñas revistas literarias o de libreros, sin que llegaran a constituirse en empresas ni fundaran una industria editorial, máxime cuando en ese periodo se desarrolló pujantemente la industria editorial argentina (Loggada, Sudamericana, Emecé, sobre todo) que abastecía literariamente al Uruguay tanto como a muchos

Aquí se inaugura el periodo de apogeo, entre 1962 y 1972, que fue la obra de una generación intelectual extraordinariamente crítica, quizás emparentable con la famosa generación "principista" que un siglo antes, también precedió, en el Uruguay, a una larga década militar. La irrupción editorial que se produce en ese año tiene sus dos ejemplares manifestaciones en la cooperativa de escritores que promueve la revista *Asir* y en la aparición de la editorial *Alfa*. La primera reúne a diez escritores que procedíamos de muy diversos grupos intelectuales, con posiciones artísticas, políticas y sociales bien diversas, sólo mancomunados en la búsqueda independiente del lector y en la conciencia de pertenecer a una renovación cultural. En los diez libros que editamos, distribuimos y vendimos, hubo aportaciones cuya importancia me parece indudable, como fueron los de Juan Carlos Onetti, Carlos Real de Azúa y Carlos Martínez Moreno, pero la rareza estuvo representada por un libro de ensayos, *El país de la cola de paja* de Mario Benedetti, que se constituyó en el primer *best seller* de la expansión editorial uruguaya. Como él mismo ha señalado en el prólogo a ediciones posteriores, su éxito no lo debió a la crítica (todos, incluyéndome yo también, fuimos altamente críticos de sus proposiciones) sino al público que disfrutó y se entusiasmó con su escritura y con sus ideas. El escritor había encontrado sus lectores, lo que quedó refrendado por las posteriores obras de Benedetti (poesía, ensayo, narrativa) que la sociedad uruguaya, sobre todo entre las generaciones nuevas, leyó con pasión sin importarle la censura o el desvío con que los críticos las comentábamos. Es un capítulo de sociología literaria que, al margen de su valoración, resultó el indicador de un cambio que se había producido en el país y que serviría para sustentar la estrepitosa irrupción de las editoriales nacionales.

Digamos, en un paréntesis, que el Uruguay sólo tenía tres millones de habitantes (ahora parece que tiene menos) de los cuales la mitad concentrados en la ciudad capital. Lo que re-



temporánea, sobre todo norteamericana, el hondo e imaginativo deseo de hacer cosas, todo se combinaba para generar dentro de esa sociedad, numéricamente reducida, un ávido público lector. A su servicio nacieron las editoriales.

Abrió la marcha *Alfa*, en la cual quedó simbolizada mediante la obra de Benito Milla, el rico aporte que los españoles de la emigración dieron en toda América (sobre todo en México y Argentina) a la industria editorial. Sé, por haber dirigido una de sus primeras colecciones ("Letras de hoy") las ingentes dificultades económicas a que hizo frente inicialmente. Lo que pudo haber quedado en una librería que edita libros se transformó pronto en una fuerte casa, uno de los pilares de la década, capaz luego, al producirse la catástrofe, de trasladarse a Buenos Aires para seguir editando, y aun de reflorcer actualmente desde Barcelona, en una recorrida que en negativo parece escribir la historia política del orbe de la lengua española. Tras ella surgieron: *Banda Oriental*, que habría de especializarse en una literatura vernácula pero alcanzaría sus mejores y más justificados éxitos en sus libros de historia nacional (la obra magna de Barrán y Nahum, las series de Washington Reyes Abadie, etc.); *Arca*, que fundamos José Pedro Díaz, mi hermano Germán y yo; *El Siglo Ilustrado*,

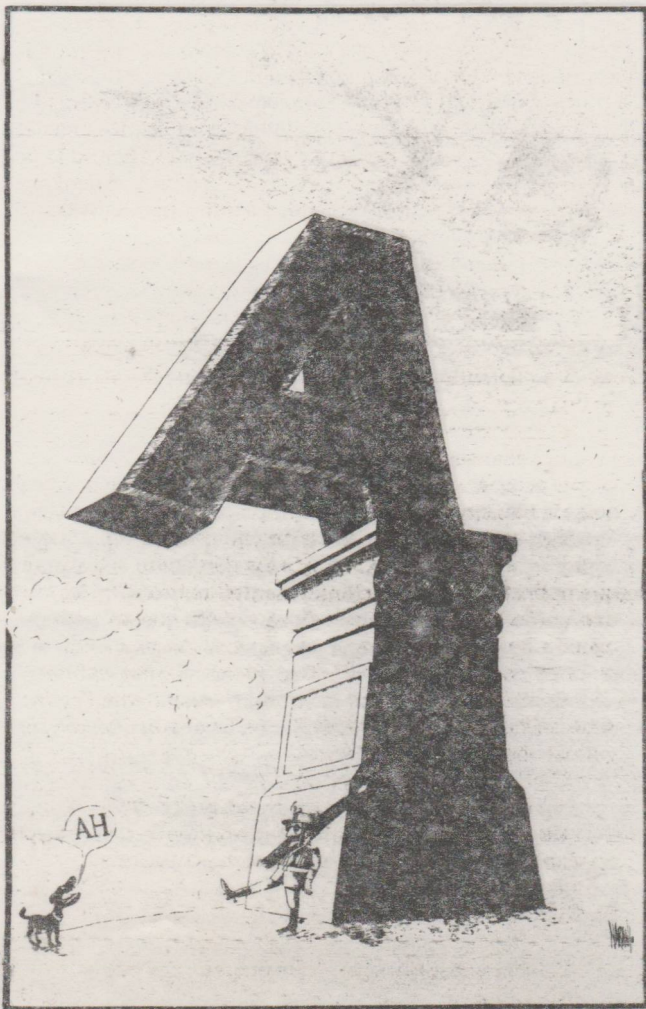
empresas ni fundaran una industria editorial, máximo en ese período se desarrolló pujantemente la industria editorial argentina (Lozada, Sudamericana, Emecé, sobre todo) que abastecía literariamente al Uruguay tanto como a muchos países latinoamericanos. Es en ese período que se forja una concepción bien curiosa, y bien provinciana también, de la actividad editorial: nace del afán de publicarse por parte de escritores que carecen tanto de instrumentos de comunicación como de público receptor y que procuran solucionar estas insuficiencias sustituyendo la falta de recursos económicos con un trabajo personal: después del primer ambicioso proyecto de la Sociedad de Escritores Rioplatenses que lleva a cabo la Imprenta Uruguaya de Montevideo, tendremos las publicaciones de la revista *Alfar*, en su mayoría "plaquettes" de poesía que financian los autores, quienes también son quienes financian libros de presuntos editores-libreros (Athenas, Claudio García, etc.) y la excelente Colección de Clásicos de la *Biblioteca Artigas*, con unos 150 volúmenes, que publicó el estado.

En las generaciones jóvenes surge una versión nueva de la propuesta de Virginia Woolf: es el "sueño de la imprenta propia". El citado Casto Canel inicia la serie de hojas de poesía, pero quien mejor lo cumple será un crítico y novelista, José Pedro Díaz y su esposa, la poetisa Amanda Berenguer, con *La Galatea* que en los años cincuenta da a conocer obras valedoras de la nueva estética, aunque ellas sólo se vean en los anaqueles de las librerías de intelectuales (La Cruz del Sur) junto a las revistas literarias de la época, *Clinamen*, *Escritura*, *Asir*, *Número*, que también intentan ocasionales publicaciones. Dentro de este movimiento, el dramaturgo Carlos Maggi y yo habríamos de iniciar una serie de publicaciones bajo el rótulo *Fábula* donde junto a nuestras obras aparecerían las de María Inés Silva, Jacobo Langsner. Intentos débiles, intentos siempre frustrados, que hoy podemos ver proyectados sobre el pintoresco epistolario que en la época se cruzó entre la escritora Paulina Medeiros y el admirable cuentista Felisberto Hernández, contando las vicisitudes para conseguir que se publicaran libros en Buenos Aires, donde existían ya fuertes editoriales (aunque mucho más interesadas en el glorioso catálogo de la vanguardia europea que en los propios nacionales) y revistas prestigiosas en los pequeños cenáculos (*Sur*, *Buenos Aires Literaria*, *Cabalgata*, *Los Anales de Buenos Aires*, etc.) donde ya aparecía la obra de Borges, Girondo, Mallea, Martínez Estrada.

En las revistas literarias de la época, que en Montevideo no sobrepasaban los mil ejemplares, se venía forjando una nueva estética, notoriamente influida por la vanguardia europea que estaba siendo incorporada a la lengua española por la actividad editorial de Buenos Aires, pero también se estaba forjando una nueva concepción de la actividad del escritor que tanto tenía que ver con sus normales ambiciones de amplia difusión como con un rechazo del paternalismo estatista que había sustituido el viejo régimen de mecenazgo por mecenazgos limosnas, esas que ilustra el citado epistolario Medeiros-Hernández e ilustrarán todos los epistolarios de la época que habrán de irse publicando. El escritor quería comunicarse directamente con un público, sin intermediarios; tener "sus propios y legítimos" lectores, recibir de ellos la retribución de su tarea, por desmedrada que fuera, porque siempre parecía mejor que los premios anuales del Ministerio o las generosas compras de libros para distribuir a las bibliotecas del país que el escritor Dionisio Trillo Pays intensificó desde la dirección de la Biblioteca Nacional. Además, porque cada vez más el contacto con los gobiernos de turno y con las erráticas políticas culturales del momento, resultaba menos tolerable. Había de por medio incompatibilidades ideológicas que la tarea hipercrítica que cumplía entonces el semanario *Marcha* fundamentaba, contagiando progresivamente a las promociones más jóvenes.

riales nacionales.

Digamos, en un paréntesis, que el Uruguay sólo tenía tres millones de habitantes (ahora parece que tiene menos) de los cuales la mitad concentrados en la ciudad capital, lo que resultaba una drástica desautorización para cualquier intento editorial y explicaba la pobreza de los conatos primeros. Contra esa inferioridad militaban dos cosas: el alto grado de alfabetización de la sociedad y la antigüedad de esta persistente tarea alfabetizadora, que se había iniciado hacía un siglo con José Pedro Varela, uno de los mejores exponentes de aquella generación "principista" del XIX y el único que por su pasión educativa (paralela a la de Sarmiento en la Argentina) estuvo dispuesto a colaborar con la dictadura militar en la medida en que ésta favoreció sus planes pedagógicos (cosa que no se repitió en nuestro segundo ensayo de dictadura militar en el siglo actual). Pero aún estas consideraciones no eran suficientes para autorizar la creación de una industria editorial. Había una tercera que resultaba abonada por el éxito del semanario *Marcha* que contra viento y marea aparecía todos los viernes y era nuestra obligada lectura: existía un público nuevo, fundamentalmente constituido por jóvenes, que ambicionaba un cambio en la realidad nacional. Quería por lo tanto revisar el país, su historia, sus hombres, sus ideas; procuraba una modernización que en las disciplinas nuevas (sociología, economía, psicología, etc.) se abastecía; bajo el impulso de la revolución cubana se ponía a la búsqueda de la América Latina. Esa generación estaba presenciando (viviendo, padeciendo) la quiebra del "welfare state" que había sido el Uruguay en la larga época batllista: la crisis económica, las nuevas búsquedas políticas, el panorama internacional y en especial el latinoamericano, la incorporación del arte y la estética con-



mejore
cional (Washin
Pedro [nombre
cargo m
cual ya
especial
pectro (de Puel
publicar
viética
había
que ta
lograría
los Cue
catástro
jóvenes
escritor
ticularr
(Nancy
Cente
tuidos
que fue
urgida
ca y de l
adas po
cionar a
tevideo
a histor
revista (rial de A
co. Aur
trescien
res, la n
nal de l
Editores
tinada a
la Encic
volumin
ejempla
nos dis
no sign
devorab
teníamo
garlas n
les, que
quería,
publica
sente d
sentaba
del país
dustria
cano pe
los esc
García
dentro
editoria
econón
Toda
na vez
rótulo l
sión int
ma em
esfuerz
en un r
ciamos
nos en
ellos, p
Carpen

de sus primeras colecciones ("letras de hoy") las ingentes dificultades económicas a que hizo frente inicialmente. Lo que pudo haber quedado en una librería que edita libros se transformó pronto en una fuerte casa, uno de los pilares de la década, capaz luego, al producirse la catástrofe, de trasladarse a Buenos Aires para seguir editando, y aun de reflorar actualmente desde Barcelona, en una recorrida que en negativo parece escribir la historia política del orbe de la lengua española. Tras ella surgieron: *Banda Oriental*, que habría de especializarse en una literatura vernácula pero alcanzaría sus mejores y más justificados éxitos en sus libros de historia nacional (la obra magna de Barrán y Nahum, las series de Washington Reyes Abadie, etc.); *Arca*, que fundamos José Pedro Díaz, mi hermano Germán y yo; *El Siglo Ilustrado*, nombre decimonónico de una vieja imprenta que tomó a su cargo mi hermano Carlos, transformándola en editorial (con lo cual ya está toda la familia en el oficio); *Nativa*, que inició la especialización editorial en títulos políticos dentro del espectro de la izquierda, asumiendo la contrapartida ideológica de *Pueblos Unidos*, una casa que desde los cuarenta venía publicando material comunista de exclusiva procedencia soviética y que recién en esta década descubrió que también había inteligentes escritores comunistas en el país; *Marcha* que también se especializó en libros políticos pero que lograría su mayor impacto con la memorable serie mensual de los *Cuadernos de Marcha* que resurgió, después de la catástrofe, en México, y un conjunto variado de intrépidos jóvenes editores (el mejor ejemplo fue Agustín Antúnez) o de escritores que acompañaban sus revistas especializadas (particularmente las de poesía) de libros consagrados al género (Nancy Baceolo).

Centenares de títulos aparecieron en esos diez años, constituidos por una vieja producción desaparecida del mercado que fue repuesta en nuevas ediciones como por una nueva y urgida producción, especialmente obra de la generación crítica y de la vigorosa "generación de la crisis" (de las más golpeadas por la represión militar) en la cual es obligatorio mencionar al menos dos nombres: Eduardo Galeano, que en Montevideo aseguró la aparición del *Capítulo Oriental* consagrado a historiar la literatura uruguaya, y luego en Buenos Aires la revista *Crisis*; Jorge Ruffinelli que fue el secretario de la Editorial de *Marcha* y que en México es responsable de *Texto crítico*. Aun hoy parece imposible: sólo en *Arca* publicamos unos trescientos títulos, en tiradas no menores de tres mil ejemplares, la mayoría de las cuales eran de consumo nacional y al final de la década pudimos asegurar, con la colaboración de *Editores Reunidos* (Julio Bayce) una publicación semanal destinada a recorrer cronológicamente la historia cultural del país, la *Enciclopedia Uruguaya* (que hoy, encuadrada, forma una voluminosa colección de doce tomos) en tiradas de quince mil ejemplares por número. Pero que hubiera quince mil ciudadanos dispuestos a comprar todas las semanas la *Enciclopedia* no significaba ningún enriquecimiento: la crisis y la inflación devoraban las entradas y al concluir la *Enciclopedia Uruguaya* teníamos más deudas que antes, por lo cual pretendimos pagarlas mediante una *Historia del Fútbol* en fascículos semanales, que el público se rehusó a comprar: no era eso lo que quería, sino los "pocket books" que tanto *Alfa* como *Arca* publicaban a bajísimos precios, recogiendo el pasado y el presente de la cultura nacional. Esa palabra —nacional— representaba la palanca del éxito pero también, dada la población del país, las invencibles limitaciones que acechan a toda industria editorial en este balcanizado continente latinoamericano permanentemente incomunicado y donde son tan pocos los escritores que como Carlos Fuentes o Julio Cortázar o García Márquez, son capaces de ganar importantes lectores dentro del país como fuera de él y donde además la industria editorial comienza a necesitar importantes inversiones económicas.

Todas estas casas que enumero pertenecían a lo que alguna vez he llamado "editoras culturales", entendiendo bajo tal rótulo las que procuran fundamentalmente una tarea de difusión intelectual y sólo al servicio de ella desarrollan una mínima empresa comercial. Quisiera dar dos ejemplos de nuestro esfuerzo por superar las limitaciones nacionales e integrarnos en un movimiento continental, los cuales dos fracasaron. Iniciamos en *Arca* una colección de *Narradores Latinoamericanos* en la época en que apenas había comenzado el interés por ellos, publicando obras aún escasamente conocidas de Alejandro Carpentier, José María Arguedas, Juan Carlos Onetti. Entre ▶

▶ ellas, editamos un autor colombiano solo conocido en su país, quien vivía entonces en México: se llamaba Gabriel García Márquez y aún no había escrito *Cien años de soledad* pero para cualquier lector avisado era de los grandes talentos del continente: el público nacional, absorbido en los asuntos nacionales, se interesó muy poco en él y la editorial carecía de potencialidad económica para proyectarlo al continente. Entonces intentamos otra solución: nos asociamos con un joven editor argentino que había hecho su aprendizaje en Buenos Aires con Jorge Alvarez y fundamos a medias la editorial *Galerna* argentina. Estoy hablando de Guillermo Schavelzon, quien habría de cumplir una brillante carrera editorial, pero que vio derrumbarse su agresiva *Galerna* cuando los militares de la "banda occidental" del Plata decidieron imponer su nuevo orden.

Era aquí que estaba incubando un peligro mucho mayor que todas las dificultades económicas y todas las restricciones de un pequeño país lector. Desde 1972, depósitos enteros de libros fueron destruidos por la represión militar: todas las editoriales especializadas en asuntos políticos fueron arrasadas (*Marcha, Pueblos Unidos, Nativa, etc.*), sus directores presos o exiliados, sus propiedades confiscadas. Otras editoriales fueron "limpiadas" de sus "libros subversivos": sé decir que de *Arca* salieron cuatro toneladas de libros que fueron al pilón que los convierte en pasta. Se dijo entonces, y obviamente nunca pude comprobarlo, que no se limitaban a destruirlos heroicamente, sino que además los vendían a las papeleras y se distribuían los treinta dineros entre ellos. El melancólico fin de una fervorosa obra cultural.

Pero no quiero concluir con una nota melancólica. Restringidas, disminuidas, acosadas, algunas editoriales siguieron funcionando en los setenta en un esfuerzo que sí me parece heroico y que estuvo a cargo de equipos juveniles que quedaron en el país: es el caso de *Banda Oriental* y de *Arca*. Aun desaparecidas las grandes manifestaciones públicas de esa década lectora de los sesenta, como la *Feria Nacional de Libros y Grabados* que clausuraba el año, aun censuradas las ventas en librerías, aun disminuido sensiblemente el poder adquisitivo de los lectores, esas casas tercamente continuaron a la medida de sus fuerzas. Reeditaron sus títulos autorizados, dieron posibilidades a los jóvenes que venían a aportar nuevas fuerzas a esa invencible lucha cultural, rescataron obras del pasado.

En el anterior, para inaugurar los años ochenta, el pueblo uruguayo dijo "no" a los militares. Una precisa, fuerte y medida frase a la uruguayaya: "Señores, deben retirarse". En el mismo año he visto aparecer una nueva editorial: se llama



ACALI y junto a títulos de los autores mayores que en silencio han vivido dentro del país (Mario Arregui, Idea Vilariño), incluye nuevos nombres, los de aquellos que se han ido formando en la década oscura de los setenta. No participo de los arrebatos antimilitares al uso. Sigo creyendo que los hombres se pueden clasificar, no por oficios, sino, a la antigua, en buenos o malos, o, a la moderna, según sus filosofías o ideas, cosa que tesoneramente trató de enseñarnos Carlos Vaz Ferreira (sin contar que bastantes militares tenemos presos en Montevideo por quienes detentan el poder y son tanto militares como civiles). Pero también creo firmemente que la sociedad civil no puede ser regida por militares, cosa que también piensan muchos militares. Son justamente aquellos que leen. Cuanto mejores, más libres y más variados sean los libros disponibles, mejores serán ellos, seremos todos. Auguro una nueva y brillante expansión editorial en el Uruguay. Es un país de gente empecinada, a quienes desde chicos se les vendió la consigna de que deben ser "tan ilustrados como valientes". Se me hace difícil que vayan a cambiar estos hábitos."